

Yo no soy precisamente hermosa. De hecho gran parte de mi vida fui la rechazada del salón de clases, yo y mis otras 3 amigas a las que nos llamaban despectivamente "el aquellarre", un apodo bien ganado en realidad, por nuestra particular forma de vestir. Pero la genética fue buena conmigo, y a los 15 años mis pechos comenzaron a inflarse a un ritmo inusualmente acelerado. Al principio me parecía incómodo, pero la verdad es que la atención que recibía, y las miradas discretas (y a veces indiscretas) de algunos chicos, o incluso de algunas chicas me gustaba. Realmente me excitaba mucho caminar por los pasillos y ver un grupo de chicos repentinamente quedarse en silencio, admirando algo que ninguno podría tener, porque el solo hecho de llevar ese par de armas de destrucción masiva, era suficientemente disuasorio para que ni siquiera se atrevieran a hablarme.

Aún así, les saqué provecho, y como buena matriarca del aquellarre, lo usé para el beneficio de mis amigas también. Pero ahora a 25 años de edad, me encuentro con un problema; el hombre promedio ya no me satisface. Lo he probado todo, con hombres de mi edad, con hombres de 40 años (delicioso, pero esa es otra historia), con varios hombres, con mujeres, en una piscina, en una biblioteca... Pero ya todo se siente viejo, usado, aburrido... Por ejemplo la biblioteca, la primera vez que lo hice, mi corazón iba a mil, el morbo de hacerlo en un entorno tan "peligroso" me hacía sentir muchísimo placer, y el orgasmo fue igual de explosivo. Todavía me gusta, de vez en cuando lo hago cuando veo que hay oportunidad, pero ya es algo "viejo", el morbo de la primera vez ya no está ahí. Y por más activa que fuera mi vida sexual, aunque no lo crean, se había vuelto aburrida. Hasta ahora.

Sentado a la mesa, había un chico. Uno nuevo, con quien nunca me he acostado antes. Estaba segura que era virgen, pero de mi apartamento no va a salir sin correrse sobre mis tetas. Pero eso él aún no lo sabía por supuesto, porque no vino a eso. Él y otros jóvenes habían estado viniendo a mi apartamento a tutorías. Eran todos menores de edad, y la temporada de exámenes se acercaba. Yo pensé que sería una buena manera de ganar dinero extra practicando matemáticas con ellos. Todos esos años siendo una gótica fea rindieron sus frutos en el ámbito educativo, y los números para mi eran algo sencillo. Pero nunca se me ocurrió pensar, que esos chicos que venían a estudiar estaban en esa etapa de su vida en la que se excitan hasta por ver un durazno, si este era muy voluptuoso.

Al principio me pareció algo inmoral, asqueroso, completamente inapropiado. Pero luego de que uno de ellos me pidió usar el baño y tardó un tiempo más largo de lo normal, esa parte sucia de mi mente comenzó a carcomer mi sentido de la moralidad. Hoy era el día. Hoy ese chico sería mio, y no me importaba en absoluto que tuviera 15 años.

Usualmente usaba ropa sencilla, después de todo estaba en mi apartamento ayudando a un montón de adolescentes a entender que dos más dos es cuatro, pero hoy tenía que sacar la artillería pesada. Una falda corta blanca. Una blusa negra pegada al cuerpo que dejaba ver mi ombligo, y solo para darle un toque más sensual, decidí ponerme calcetas largas, por encima de las rodillas, y andar así por el lugar, sin zapatos de ningún tipo. No me pregunten por qué, sé que a los hombres les gusta eso.

—¿Terminaste? — le pregunté al chico, saliendo del baño donde me había estado cepillando el cabello.

—Sí... Creo que está bien...

—Vamos a ver...

Me senté a su lado, como de costumbre. Habíamos estado estudiando dos horas, y durante todo ese tiempo este chico había tenido una erección. Eso es algo que se nota muy fácilmente, a diferencia de nosotras las mujeres, un hombre excitado simplemente no lo puede cubrir bien con su ropa.

—Muy bien —le dije, revisando los problemas que le había dejado—. Seguiste las instrucciones al pie de la letra, eso es bueno, casi siempre hay que recordarles las reglas varias veces pero tú lo agarraste a la primera.

—¡Gracias!

—¡He incluso más rápido que otros! Quedan aún como veinte minutos de sesión.

—Oh, no me había fijado en la hora.

—Sí... ¿Te gustan los videojuegos?

—Claro.

—¿Quieres jugar mientras pasa la hora?

—No quisiera molestar, puedo salir antes si quieres...

—¿Seguro? No me molesta jugar Halo un rato, uno contra uno...

—Bueno, está bien.

Era demasiado fácil. El objetivo era atraerlo a mi trampa, mi cama. Una vez que entrara a mi habitación, no tendría escapatoria, habría caído en mi trampa, en mi telaraña de placer. Dejamos las cosas en la mesa y nos encaminamos a mi habitación. "Accidentalmente" había dejado mi ropa interior en una canasta, y fingí no haberme dado cuenta. Pusimos el Xbox y comenzamos una partida. El chico era bastante bueno, pero sus movimientos un poco... Tiezos... Supuse que era una mezcla de nerviosismo y excitación, pero eso solo me ponía más. Pero no había mucho tiempo, y el chico no tenía escapatoria de todos modos, ya estaba sentado en mi cama, ahora era mio.

—¿Por qué estás tan tenso? —le pregunté.

—¿Tenso? No, estoy bien...

Puse el control un lado, me di la vuelta y gateando me puse detrás de él.

—¿Qué haces? —me preguntó —¿No vas a jugar?

—Relájate, Martín...

Puse mis manos sobre sus hombros y comencé a masajearlos. En verdad estaba tenso.

—Um... No sé si esto está bien... —dijo el chico.

—¿No te gusta?

—Pues...

Aerqué mis pechos a la parte de atrás de su cabeza. Apenas rozándolos mientras seguía masajeando sus hombros.

—Uh... ¿No vamos a jugar más?

—Shh, tranquilo... —Le dije susurrando— Vamos a jugar a otra cosa...

—Umm...

Recosté mis pechos sobre su cabeza. Ese era mi principal atributo, y sé que le gustaba lo que sentía porque desde el primer día no había dejado de verlos.

—Andreína, ¿va en serio? —me preguntó el chico, con su voz cortada.

—Sácatela...

—¡¿Qué?!

—Sácatela... Quiero verla...

—No sé sí...

—Martín... Sé que has estado pensando en esto todo el rato... Si me la enseñas te enseño mis tetas...

El chico vaciló un poco, pero él seguramente también sabía que no había escapatoria. Sus hormonas se habían apoderado de su cabeza. Rápidamente se desabrochó su pantalón. Torpemente se los bajó un poco y un delicioso pene duro como roca asomó tímidamente detrás de su ropa interior. Hacía mucho no veía carne tan joven, y verlo ahí completamente erecto y palpitante hizo que me mojara bastante rápido.

—¿Te gusta? —me preguntó tímidamente

—Se ve muy rica —le respondí, aún masajeandolo— Mastúrbate, quiero ver como te tocas.

Sin protestar el chico envolvió su mano alrededor de su deliciosos falo y comenzó a frotarlo. Lentamente y con un movimiento de torción de su muñeca; el chico sabía lo que hacía.

—Eres un perverso, Martín —le dije con una risita, al ver la práctica que tenía— ¿Cada cuanto te masturbas?

El chico se rió. Me recosté más sobre él y comencé a acariciar su pecho. De su glande comenzó a salir una gotita transparente.

—¿Cómo se sienten mis tetas en tu espalda? —le dije, poniendo más peso sobre su espalda y extendiendo mis manos para tomar la gotita con mi dedo índice.

—Se sienten muy ricas... —respondí, mientras saboreaba mi dedo índice.

—¿Te lo comiste?

—Y sabe delicioso... —Aparté su mano y comencé a masturbarlo yo misma. Yo también tenía práctica en esto, y por sus gemidos suaves, parecía que le gustaba mucho.

Lo masturbé durante un minuto o dos, el chico parecía un poco tímido así que no hablaba mucho ni hacía por donde tomar el control. Pero eso estaba bien, porque así era como lo quería, sumiso y a mi disposición.

—Buen chico... —Le dije luego de un rato— Buena, una promesa es una deuda...

Me senté en la cama. Mi chico se dio media vuelta y comencé a desvestirme. Me quité la blusa y el sostén. Al fin libres, me aseguré de que mi pechos rebotaran un poquito, nada más para excitarlo más.

—¿Te gustan? —le pregunté, agarrándome los pechos y moviéndolos un poco.

—Son enormes...

—¿Son como te los imaginabas?

El chico sonrió tímidamente. Me senté a su lado. Su vista estaba clavada en ellos.

—Puedes jugar con ellas.

Me miró a los ojos, al principio un poco inseguro, pero con una sonrisa en su rostro. Puso sus manos suavemente sobre ellos. Podía sentir lo inexperto que era en esto, probablemente no había tocado unos antes. Suavemente los acarició, apretándolos con timidez pero una cierta firmeza. Los hombres con los que había estado, con experiencia de años, usualmente se lanzaban sobre ellos como fieras hambrientas, pero Martín no. Martín era diferente, con cariño y un cierto miedo, los manoseaba, disfrutando cada momento, su tamaño, su peso, la textura. Cuidadosamente pasó sus dedos sobre mis pezones erectos, prenzándolos ligeramente entre sus nudillos, luego entre las yemas de sus dedos. De pronto, en un arrebato de confianza, sumergió su cara entre ellos y comenzó a chuparlos. En realidad me sobresalté, de una manera agradable, porque no esperaba que tuviera la iniciativa para hacerlo sin pedir permiso.

—¿Rico? —le pregunté con una voz baja y sensual.

—Deliciosas —respondió, chupando uno de mis pezones.

—Muerdelas...

—¿Hmm?

—Dale una mordida suavcita.

Ciertamente, la instrucción le pareció extraña, digna de un chico virgen que aún no entendía la complejidad erótica de un pecho excitado. Con mucho cuidado, puso sus labios sobre uno de mis pezones y suavemente le dio una morida. Sentir sus dientes me hizo gemir suavemente. Luego de eso regresó a su interés real, lamer cada centímetro de ellos.

Recostado sobre mi pecho, sentí su mano bajar a mi panza. Parecía estar muy entretenido chupandome los pechos y manoseando mi cuerpo, pero su mano parecía tener un bloqueo, y más allá del ombligo no bajaba. Así que decidí ayudarlo.

Tomé su mano traviesa y la acomodé bajo mi falda, donde pudiera acariciar mi vulva.

—¿Sientes eso, Martín?

—Sí...

—¿Qué sientes?

—Son tus bragas.

—¿Y cómo se sienten?

—Estás húmeda.

—Mmmm sí... ¿Qué más?

—Está cálida.

—Se está quemando, Martín, se está quemando por tu polla

—¿La quieres?

—Tócame más... Méteme los dedos.

Con más confianza que hacía un minuto, clavó sus dedos índice y medio dentro de mi vagina. De inmediato me hizo gemir, y un torbellino de placer descontrolado inundó mi cabeza. Esta cantidad de placer no la sentía desde hacía meses.

Mi mente daba vueltas mientras el chico me masturbaba. El morbo de desvirgarlo, el taboo de que tuviera 15 años, el extraño placer de su inexperiencia. Todo esto se apilaba para hacerme sentir como si fuera yo la que estaba siendo desvirgada. Todo en él me parecía exitante: El sudor de su piel mojando la mia. Sus dedos retorciéndose dentro de mi. Su inexperta lengua jugando con mis pezones. Sin percatarme de ello, había comenzado a gemir como aquella primera vez a los 16 años, cuando mi profesor (de matemáticas, irónicamente) me había arrancado mi virginidad y sumergido en un mar de éxtasis, orgasmos y placer exquisito, pero ahora era yo la profesora. Pocas veces en los últimos años me había mojado tanto como ahora. La mano de Martín frotándose en mi vagina sonaba muy fuerte con

mis fluidos desbordando como nunca. El nivel de placer era tal que mis gemidos se habían convertido en gruñidos. No sabía cuanto tiempo había pasado, lo único que sabía es que quería más. Lo quería todo.

Me levanté de la cama. Levanté a mi presa sin decirle nada y lo desvestí.

—Súbete a la cama, Martín.

Sin chistar, el chico obedeció. Me quité las bragas, completamente húmedas y di un salto a la cama. Me senté en su pecho y me di vuelta.

—Nos vamos a comer hasta corrernos, bebé. —le dije. Daon media vuelta y acomodando mi vagina sobre su cara.

Sentí su lengua lamerme el clítoris, y nuevamente comencé a gemir. De inmediato me metí su pene en la boca y comencé a chupar cada milímetro de este. Martín no era particularmente grande, era bastante promedio en realidad, pero en ese momento sentía que me estaba comiendo la mejor polla del planeta. El sentimiento de desvirgar a alguien que era prácticamente un niño hacía que cada lamida que le daba se sintiera mejor que la anterior.

Ambos habíamos comenzado a gemir. Martín decía algo, pero con su cara sumergida en mi vagina no podía entender lo que decía.

—¡Nalgueame, bebé! —exclamé— ¡Nalgueame fuerte!

Sentí un par de manotazos en mis nalgas, y mi nivel de excitación se elevó aún más. Luego sentí otro par, menos tímidos que los dos anteriores. El chico se estaba volviendo un experto en seguir instrucciones, justo como lo quería. Los minutos pasaron, pero cada segundo era una avalancha de placer. Cada lamida me llevaba más cerca del orgasmo, cada beso en mi clítoris me hacía encenderme más.

—¡Méteme la lengua, Martín! —exclamé gimiendo.

Senti su lengua penetrarme lentamente, y dejé salir un gruñido. Este chico sin experiencia, estaba a punto de darme un orgasmo único.

—¡Me voy a correr! —exclamó el chico— ¡Andreína!

Pero yo no iba a dejar de mamarle la verga. Me iba a tragar hasta la última gota de su semen, y luego me iba a frotar en su cara hasta explotar.

—¡Mierda! —gimió el chico.

Comenzó a gemir con mucha fuerza, y sus piernas se tensaron. Mi boca se llenó de su cálido semen salado, y mientras movía sus caderas yo succionaba su glande para darle más placer. Sentir su semen llenando mi boca me hizo sentirme aún más excitada. Me separé de su polla, miré hacia el techo y gimiendo me tragué su semen, mientras un poco chorreaba por mis mejillas. Al mismo tiempo, sentada sobre su rostro me forté con muchísima fuerza mientras mi chico me nalgueaba. Entonces lo sentí.

Llegué a ese punto especial de no retorno en el que sientes que tu alma se parte en dos. Un orgasmo, uno tan fuerte que de mi vagina salió una cascada de líquido. Gritando de placer, moví mis caderas en círculo sobre la boca de mi niño, y de pronto perdí la fuerza en mis piernas.

Caí acostada en la cama, y apenas podía respirar. Cerré mis ojos y disfruté el momento post-orgasmo. Ese momento en el que sientes que flotas en el aire, y que todo en el mundo está bien, el tiempo se detiene, y sientes como si estuvieras drogada. Quedas tirada en la cama como una muñeca de trapo, con tus piernas y brazos como espagueti, y vagina aún palpitando como si estuviera viva.

—Wow... —dije luego de un minuto.

Martín estaba más abajo, entre mis piernas, con su mirada perdida en el techo. Al cabo de un minuto recuperamos el aliento. Me senté en la cama y acaricié su cabello.

—¿Te gustó? —le pregunté.

—Mucho...

—¿Quieres hacerlo otra vez?

—¿Ahora?

—Ahora no... —dije riendo, faltaban unos minutos para que llegara el siguiente chico a tutoría —Otro día...

—Me gustaría, pero el examen es el viernes, luego de eso no hay más tutorías.

El chico se levantó y se sentó en el borde de la cama. Hice lo mismo y me senté a su lado.

—Hagamos algo, si pasas el examen, vienes aquí y te doy una follada que vas a ver estrellas... ¿Ok?

El chico sonrió, miró mis pechos y con su mano acarició uno de ellos.

—¿No te parece mal? —me preguntó.

—Me parece sumamente malo... —respondí con una mirada traviesa— Es inmoral, es ilegal, y es delicioso... Por eso quiero seguir haciéndolo.

El chico sonrió, y quiso darme un beso, aunque seguramente al ver su semen secándose en mi mejillas cambió de parecer.

—A ver, a vestirse —le dije.

El chico se levantó y le di una nalgada. Rápidamente nos vestimos y fuimos a recoger las cosas a la mesa.

—¡Hey! —exclamé, lanzándole mis bragas.

—¿Y esto?

—Para la buena suerte.

Martín sonrió y las guardó en su mochila.

—Pero no me las devuelvas más sucias de lo que ya están, ¿ok?

Ese día no hice nada más. Por ahora mi sed estaba satisfecha, pero sabía que no duraría mucho. Pero esto de dar tutorías parecía que no solo sería lucrativo, también me iba a dar muchísima diversión, y el año apenas iba comenzando